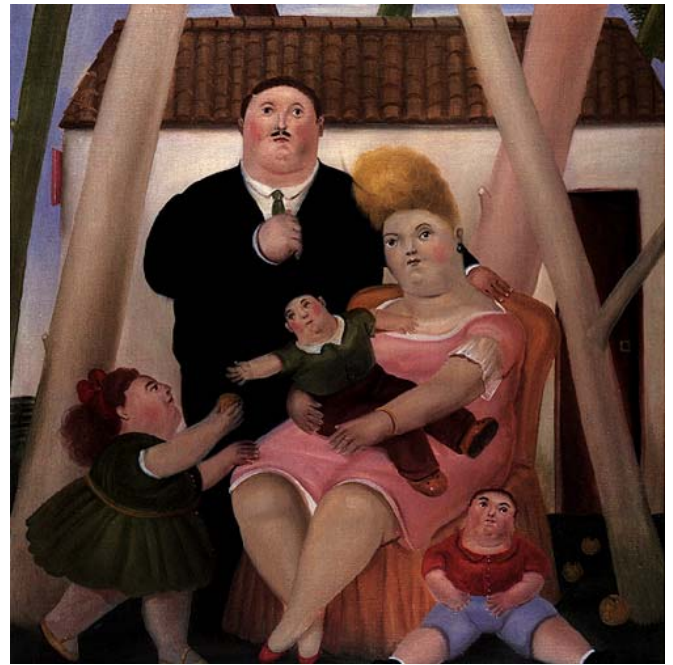


Este número de nuestra revista (que marca su quinto aniversario) dedica particular interés al tema del amor, el matrimonio y las relaciones intrafamiliares. No es posible cerrar los ojos al hecho evidente de que vivimos en una sociedad que ha llevado el erotismo al grado de neurosis colectiva, lo cual forma parte de lo que se ha dado en llamar la cultura posmoderna, que es un fenómeno universal o, al menos, de lo que solemos denominar “mundo occidental”.

No cabe la menor duda que este es un fenómeno socialmente muy extendido, y suele atribuirse a una simple consecuencia de “los tiempos”; pero está claro que ningún tipo de comportamiento humano surge por generación espontánea: si se investiga con rigor, se descubre que en la raíz de cualquier fenómeno existen causas muy concretas.

Durante la década de los años sesenta del pasado siglo, se observó una tendencia muy generalizada (sobre todo en los jóvenes de esa época) a rebelarse contra todo lo que se consideraba como acción opresiva de instituciones, tradiciones, prejuicios, convencionalismos y normas de conducta. Recuérdese, a manera de ejemplos, el movimiento Hippie en Estados Unidos, las revueltas estudiantiles en Francia, o la Gran Revolución Cultural en China, por sólo citar algunos. Entre los postulados enarbolados en ese entonces, vale la pena resaltar las teorías del filósofo de origen alemán H. Marcuse quien, siguiendo hasta cierto punto al difícil pensamiento de Freud, consideró al ser humano como un ser de instintos, en el cual la sexualidad se hallaría reprimida por las estructuras de la sociedad tecnológica. Tales estructuras reprimen, según este autor, la plena realización de la sexualidad y, por tanto, paralizan el desarrollo de la personalidad; pero, en la medida en que se vayan eliminando prejuicios y desmantelando instituciones, el hombre irá siendo más libre.

La hostilidad hacia todo lo establecido se manifestó, entre otras muchas formas, en un ataque constante a instituciones como el matrimonio, la familia, la escuela o la religión. Ese fue el embrión de lo que hoy conocemos con el nombre de “cultura posmoderna”, que expresa el desencanto por la esperada liberación racional que anunciaba la Modernidad. Se ha pasado así al extremo opuesto: una actitud escéptica que expresa el estado de ánimo de las sociedades liberales a fines del siglo XX. En lugar de obedecer los imperativos de la verdad y la razón, tenemos que guiarnos por las propias apetencias personales espontáneas, que constituyen la vida. Desaparecidas las grandes verdades (“Lo único absoluto en la verdad es su relatividad”) no nos queda sino un vagar incierto por la vida, sin aceptar compromisos definitivos, lo que es vivir al día (*Carpe Diem*), porque el mañana no existe. De ahí también el pluralismo de los valores: cada uno puede darse a sí mismo los valores y, por tanto, constituirse en su propia



norma ética. No hay tablas de valores morales objetivos y universales; es el temible “todo vale”. Importa sólo lo útil y lo agradable (y lo nuevo, mientras sea nuevo). Esta situación no hay que vivirla trágicamente, al estilo sartriano, sino serenamente y sin drama.

Este es, en pocas palabras, el panorama ético de las sociedades humanas a principios del siglo XXI. Urge, como dice el profesor español A. López Quintás, un rearme moral. Buscar la felicidad plena es ley de la vida; pero hagámoslo a la manera de Aristóteles: virtuosamente. Para ello, es imprescindible acertar con el camino justo, que es el que conduce a nuestra realización personal, no a nuestra destrucción. La gran tarea de los educadores, es ayudar a los jóvenes a descubrir por sí mismos cuál es el camino adecuado. Recordemos, a propósito, la frase del eminente educador cubano Alfredo M. Aguayo: “La verdadera misión del maestro es enseñar a aprender”.

Es noble toda acción que tienda a cultivar las virtudes, entendidas como una manera de ser en el mundo, como capacidades para crear encuentros interhumanos valiosos y desarrollar la personalidad. No nos limitemos a esperar que alguien nos diga desde afuera qué es lo que debemos hacer o evitar; seamos capaces de pensar con cabeza propia y con rigor y de ser creativos, para descubrir qué actitudes ante la vida tienen sentido y cuáles son insensatas. Y una vez descubierta la verdad, no la guardemos para nosotros; debemos ser capaces de compartirla, porque la vía más corta para convertirnos en personas virtuosas, es fomentar la generosidad y evitar todo cuanto expresa egoísmo.

Se repite mucho en nuestros días que un mundo mejor es posible. Trabajemos todos unidos por hacer realidad esta utopía.